

OTRO EJEMPLO MÁS DE LA POROSIDAD
DE CIERTAS FRONTERAS (VIII)
David Foster Wallace

Coincidiendo con mi puesta en libertad a finales de 1996, madre cobró una pequeña indemnización a raíz de una demanda presentada contra el fabricante de un producto defectuoso, y se apresuró a emplear el dinero en una operación de cirugía estética para quitarse las patas de gallo. Sin embargo, el cirujano la pifió y algo hizo con su musculatura facial que confirió a su rostro una expresión de miedo permanente. Quién no reconoce la cara que pone alguien una fracción de segundo antes de que empiece a gritar. Pues esa era ahora la cara de madre. Por lo visto, el mínimo error de precisión en el manejo del bisturí puede provocar que tu cara parezca sacada de la escena de la ducha de Hitchcock. Así que fue y se sometió a otra intervención quirúrgica para tratar de corregir el error. Pero el segundo cirujano también la pifió y la expresión de susto incluso se acentuó. Sobre todo en torno a la boca. Madre me pidió una opinión sincera, y me pareció que era lo mínimo que exigía nuestra relación. Desde luego, las patas de gallo eran cosa del pasado, pero su rostro era ahora una máscara inmutable de pánico demencial. Ahora se parecía más a Elsa Lanchester en el semblante que esta adopta al ver por primera vez a su futura «pareja» en el clásico de 1935 *La novia de Frankenstein*. Tras la chapuza de la segunda operación, ni siquiera las gafas de sol le servían ya de mucho, pues aun así quedaba la cuestión de la boca abierta, la dilatación mandibular, los saltones tendones del cuello, etcétera. Así que ahora estaba enfrascada de nuevo en otro pleito y cuando cogía el autobús para ir con frecuencia al bufete del abogado que ha-

David Foster Wallace

bía elegido, yo la acompañaba. Viajábamos delante, en uno de los dos asientos alargados que miran de lado en lugar de al frente. Habíamos aprendido «a base de golpes» a no sentarnos más atrás, en las hileras de asientos convencionales, orientados al frente, por la reacción manifiesta de algunos pasajeros cuando subían y procedían a la acción aparentemente instintiva, a medida que avanzaban por el pasillo hasta un asiento, de recorrer con la vista el mar de rostros que se extendía ante sus ojos desde las estrechas filas de asientos y, de repente, veían la faz dilatada de grito callado de madre, que parecía devolverles la mirada con lamentable espanto. Se produjeron tres o cuatro incidentes y choques violentos antes de que decidiera tomar cartas en el asunto y buscara una ubicación mejor dentro del autobús. No hay una base lo bastante sólida que explique la razón por la que la gente se dedica a estudiar los rostros ajenos cuando sube a un autobús, aunque, según mi propia experiencia, parece haber un instinto de defensa común a toda la especie. No es que yo sea un buen espécimen junto al cual sentarse si lo que quería madre era pasar desapercibida, dado el modo en que mi cara suele destacar entre toda una multitud. Físicamente soy un sujeto corpulento y presento un color de piel característico; al mirarme nadie imaginaría que tengo un carácter tan estudioso. También están las gafas protectoras que llevo y los guantes especiales de investigador de campo; resulta más que imposible encontrar especímenes en un autobús público, aunque los estudios no hayan dado aún ningún fruto. No es que «me entusiasme» ir con ella en autobús mientras hace acopio de voluntad para tratar de impedir que el ser consciente de su expresión crónica le haga parecer más aterrorizada si cabe, ni que «me haga ilusión» verme sentado en una recepción ostentosamente decorada leyendo boletines informativos de los Rotarios tres veces por semana. No es que yo no tenga multitud de cosas y estudios a los que dedicar mi tiempo. Pero qué le voy a hacer si entre los términos de mi libertad condicional consta la declaración jurada de madre de asumir la responsabilidad de actuar como mi «guardián». Aunque cualquiera que tuviera conocimiento de la realidad de nuestra convivencia desde la segunda operación reconocería que la realidad era justamente al revés, pues, debido al abatimiento y el temor que siente ante la reacción

Otro ejemplo más de la porosidad de ciertas fronteras (VIII)

de la gente, madre se ve completamente incapaz de salir de casa y si no cuenta con mi presencia y protección durante el largo trayecto, no responde a las persuasivas llamadas del abogado para que acuda a su despacho. Además, nunca me ha gustado la luz directa del sol y me quemó con suma facilidad. Esta vez el abogado se huele una ganancia extra cuando lleve a madre a un tribunal —en caso de que lo consiga— y el jurado pueda ver con sus propios ojos las consecuencias de la negligencia del cirujano estético. Yo también voy siempre de un lado a otro con un maletín a raíz de mi propio caso. Hoy día un maletín podría definirse como un «accesorio aposemático» de advertencia contra posibles predadores. Ya desde la negligencia inicial me hice inmune sobre todo a la crónica expresión de terror de madre, pero aun así también a mí me incomodaba la reacción de algunos al vernos. El volante circular de un autobús no es solo más grande, sino que está colocado en una posición mucho más horizontal que cualquier taxi, automóvil particular o coche patrulla que yo haya visto, y para girarlo el conductor debe realizar un amplio movimiento con todo el cuerpo semejante al que uno describe cuando de repente barre con el brazo todo el material de una extensa superficie en un arrebato de emoción. Y los alargados asientos perpendiculares de delante constituyen un mirador idóneo desde el cual observar al conductor mientras lidia con el autobús. No es que yo tuviera nada en absoluto contra el chico. No es que haya nada en ninguna ordenanza local, del condado o estatal que restrinja las variedades con las que se puede trabajar o que estipule de algún modo que el cultivo de más de un número determinado de ellas supone una imprudencia temeraria o un peligro para la población en general. Si la cita es por la mañana, el conductor tiene además un periódico doblado en un hueco cercano a la caja registradora de monedas o fichas al que intenta echar un vistazo durante los tiempos muertos ante un semáforo en rojo, aunque no parece que vaya a sacar mucho en claro de su lectura diaria empleando ese método. El niño solo tenía nueve años, un dato que no dejó de recalcar, como si su corta edad y su inocencia agravaran de algún modo la acusación de negligencia contra mí. Una especie asiática común no solo cuenta con una insignia ventral aposemática, sino también con una línea roja a lo

David Foster Wallace

largo del lomo, «... a modo de sutura abierta», de ahí su nombre autóctono, «línea roja en el lomo». Las pruebas estandarizadas han confirmado que presento una vena estudiosa, así como una extraordinaria retentiva para el estudio, que ella ni siquiera desmentiría. He desarrollado la teoría de que el conductor de la mañana hojea el periódico y luego vuelve a doblarlo con gesto cansino y lo deja de nuevo en el hueco para transmitir inconscientemente el hastío y el desdén que siente por un empleo remunerado como el suyo, proceder que podría llevar a un psicólogo clínico o forense a identificar en su diagnóstico el periódico con un «grito de auxilio» inconsciente. Nosotros solemos ocupar el asiento alargado perpendicular situado en el mismo lado que la puerta del autobús para reducir al mínimo las probabilidades de que los pasajeros que suben se encuentren de golpe con una visión frontal de la máscara permanente de pánico demencial de madre. Otra lección que aprendimos «a base de golpes». El único paréntesis cómico se produjo cuando, una vez retirados los vendajes de la primera operación, le pusieron el espejo delante y al principio no se sabía muy bien si el semblante de terror se debía a una mera reacción natural de defensa ante la imagen que veía reflejada en el espejo o si dicha imagen era lo que madre veía en realidad. Ni siquiera ella misma —una señora mayor de buen corazón aunque tímida, amargada y vanidosa que no se puede definir precisamente como un coloso de los caminos del intelecto— supo determinar al principio si aquella expresión de miedo atroz era una reacción suya o el estímulo, y, en caso de tratarse de una reacción, a qué se debía exactamente, y así sucesivamente. El propio cirujano se inclinó hacia delante apoyado contra la pared blanca con el rostro cara a la pared, una reacción indicativa de que «sí», el resultado de la cirugía estética presentaba un problema «objetivo». El autobús se debe a que no disponemos de coche, una situación que el nuevo abogado afirma poder remediar de sobra con este caso. Se ocuparon de contener y ocultar con cuidado todo el asunto e incluso el propio Estado reconoció que si el niño no hubiera estado allí arriba enredando en el tejado del garaje de otra persona no habría habido manera de que hubiera entrado en contacto con ellas. Este fue un factor contemplado en las condiciones de la libertad condicional. A veces,

Otro ejemplo más de la porosidad de ciertas fronteras (VIII)

sin embargo, viajar en transporte público es medio divertido por ver cómo los pasajeros observan de refilón su expresión aterrorizada para luego desviar la mirada instintivamente hacia cualquier ventanilla ante la aparente reacción de madre. Su miedo al *Phylum arthropodae* viene de lejos, razón por la cual nunca entraba en el garaje y pudo impugnar el principio jurídico de *ignorantia facti excusat*. Irónicamente, de ahí también su afán por el rociado incesante de R—d[®] pese a mis impacientes observaciones sobre la alta resistencia de dichas especies a la resmetrina y la d-trans-aletrina (los ingredientes activos de R—d[®]). Se da por sentado que las picaduras de «viuda» son mal asunto debido a la presencia de la neurotoxina, lo que en 1933 llevó a un médico a comentar lo siguiente: «No recuerdo haber visto un dolor más atroz manifiesto en ninguna otra afección médica o quirúrgica», mientras que la indolora toxina de la loxosceles o «reclusa» solo provoca necrosis y desprendimiento del epitelio que recubre la zona afectada. Las reclusas, no obstante, muestran una agresividad natural nunca observada en las viudas a menos que se las moleste. Cosa que él hizo. El interior del autobús es de plástico color carne y sobre las ventanillas discurren en horizontal anuncios incesantes de servicios médicos y legales. La ventilación varía en función de criterios como la masificación. La fobia llega a tales extremos que madre se empeña en llevar un envase de insecticida en el bolso, pero siempre doy con él antes de salir y le espeto un «¡No!» rotundo. En uno o dos episodios lamentables de falta de sensibilidad al respecto he llegado a bromear con la idea de llevarla en el autobús que cruza toda Santa Mónica hasta la ciudad y meterla en una prueba para que haga de extra en una de las muchas películas en las que pagan a multitud de extras para que miren hacia arriba con cara de supuesto terror ante unos efectos especiales que solo después se insertan en la película mediante el diseño por ordenador. Conducta que deploro sinceramente, a fin de cuentas yo soy todo el apoyo que tiene. Aunque en mi opinión es mucho decir que una zona de inestabilidad en el tejado de un garaje con veinte años de antigüedad equivale a no proceder con la diligencia y el cuidado debidos. En cambio, Hitchcock y los demás clásicos empleaban primero efectos especiales más rudimentarios para luego obtener resultados

David Foster Wallace

aterradores. Por no hablar de que había entrado ilegalmente en una propiedad privada y que no se le había perdido nada allí arriba. En la declaración. Por no hablar de que el argumento de no prever la caída de un intruso a través de un fragmento seco y podrido del tejado del garaje, el destrozo total de un complejo y costoso sistema de recipientes de cristal templado, el aplastamiento o cuando menos la molestia provocada a un gran número de especímenes y la propiciación, a causa, lógicamente, del percance, de un cierto descontrol y accesibilidad de las zonas contiguas es equiparable a mi actuación imprudente. Esta es, por tanto, la razón por la que prefiero los «clásicos» del cine de terror antiguo. Ante mi rechazo a colocar el maletín bajo el asiento, lo llevo apoyado en el regazo durante los frecuentes trayectos. Mi postura a lo largo del lento proceso fue de un hondo pesar, como es lógico, por el niño y su familia, aunque con el convencimiento de que el horror de lo sucedido a raíz de su caída no justificaba acusaciones falsas o histéricas de ningún tipo. Un abogado formal habría sido capaz de traducir este razonamiento a un lenguaje jurídico elocuente en escritos y alegatos «a puerta cerrada». Pero, claro está, la realidad es que el abogado se prodiga si uno es el agresor pero no si no es más que la presa, son parásitos, la televisión por cable se ve plagada de anuncios suyos que instan al espectador a aguardar pacientemente la ocasión para atacar: «... sistema porcentual, ¡sin honorarios de ningún tipo si es usted el agresor!». Tras el primer percance que sufrió madre a causa de un producto defectuoso, salían hasta de debajo de las piedras. Nadie sabe a ciencia cierta cómo actúa la neurotoxina para producir un dolor tan atroz en grandes mamíferos, pues la ciencia no se explica qué ventaja puede darse desde el punto de vista evolutivo para que este espécimen único aunque común emplee mucho más veneno del necesario para someter a su presa. La ciencia suele verse desconcertada tanto por la vistosa viuda como por la reclusa, de aspecto más banal. Además, los que dicen que se meterán de lleno en la trinchera y lucharán por ti hasta el final son tan poco de fiar como este supuesto «especialista» en casos de negligencia de Oxnard que madre ha fichado. En otro contexto, la histeria habría resultado casi cómica, pues es lógico que cualquier espacio tan descuidado como

Otro ejemplo más de la porosidad de ciertas fronteras (VIII)

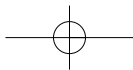
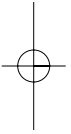
los alrededores de nuestro garaje se vea infestado de ellas allá donde haya trastos apilados y casas abandonadas. Las pilas de trastos constituyen su «elemento» natural, y es normal encontrar especímenes de tamaños diversos en los rincones de los sótanos, bajo las estanterías de los trasteros, en los armarios de la «ropa blanca» o en las infinitas grietas de los desperdicios que no se recogen y los hierbajos que crecen a sus anchas. En los ángulos rectos de los laterales en sombra de la mayoría de las casas. De ahí que las gafas protectoras y los guantes de poliuretano resulten indispensables incluso en la ducha, cuyos rincones pueden verse infestados tan a menudo. O en las palmeras que se ven desde el autobús y bajo cuya sombra se cobija ingenuamente la gente a la espera del autobús; «¡A ver si alquiláis una escalera y echáis un vistazo por debajo de esas hojas de vez en cuando!», le entran ganas de gritar a uno desde la ventanilla. Una vez que te ves condicionado a saber dónde mirar, se encuentran casi por todas partes, «ocultas» a simple vista. En esta misma zona y más al interior se halla la especie más exótica de viuda «roja», con un reloj de arena ventral de color pardo o negro, así como una de las dos especies «marrones» del hemisferio en las regiones desérticas situadas más al interior. El color rojo de la viuda «roja» carece del brillo fascinante de la conocida variedad «negra», siendo más bien de un rojo mate o apagado; se trata de ejemplares poco comunes, y desde que ambos especímenes escaparon a raíz del accidente no han vuelto a aparecer. También en este caso, como suele ocurrir en el reino de los artrópodos, la hembra es la que domina. A decir verdad, el sufrimiento de madre se vio un tanto exagerado en la primera demanda y, en realidad, tose mucho menos que durante su declaración. No es que yo quiera contradecirla, que conste. Pero científicamente un mamífero de gran tamaño tendría que inhalar una cantidad ingente de resmetrina o d-trans-aletrina para que la sustancia ocasionara un daño irreparable a la salud, lo que chocaba con la modestia de la reclamación de madre. El hecho es que la única diferencia entre conseguir una mirada juvenil y natural y la expresión crónica de Janet Leigh en la ducha en aquel clásico de 1960 radica en menos de un centímetro a un lado u otro. El maletín cuenta con selectos puntos minúsculos de oxigenación en las esquinas y dos docenas y

David Foster Wallace

media de calzos de poliestireno repartidos por todo el interior para proteger el contenido de golpes y caídas. La complejidad de su nuevo caso radica precisamente en determinar cómo distribuir la demanda de indemnización entre el primer cirujano estético, cuya negligencia le confirió esa expresión de susto visible en ojos y frente, y el segundo, cuya insensible carnicería de «reparación» la dejó con una máscara permanente de pánico y sufrimiento atroz que no puede causar sino confrontación en el caso del ocupante del alargado asiento «de lado» perpendicular situado enfrente, justo detrás del conductor del autobús, pues la exposición única a la plaza elegida por obligación de madre brinda a la persona sentada delante de nosotros la ventaja de mirarnos de frente durante todo el trayecto. Y al individuo en cuestión le puede dar por pensar en ciertos casos, si le predisponen las condiciones del entorno o el temperamento, que la «causa» de su expresión soy yo —por mis dimensiones, la marca distintiva, etcétera—, que he secuestrado a esa mujer mayor de expresión aterrorizada o que me he comportado de un modo un tanto intimidatorio con ella, lo que le lleva a decir «¿Señora, tiene algún problema?» o «¿Por qué no deja en paz a la señora?», mientras madre se hunde en su bufanda con un temor cohibido hacia la reacción del sujeto, si bien mi propia respuesta de defensa desemboca en una sonrisa serena al tiempo que levanto los guantes con un gesto de divertido desconcierto, como diciendo: «¡Que por qué, quién sabe por qué lleva la gente la cara que lleva, amigo mío, no vayamos a sacar conclusiones precipitadas sin tener todos los datos!». La primera indemnización que reclamó madre se debió a que un trabajador de la planta de montaje pegó al revés el pitorro de un envase de lata. Un caso claro de actuación imprudente. La quinta condición de la resolución establecía que nunca más debía mencionarse siquiera el nombre del conocido spray insecticida en relación con el juicio contra el fabricante del producto en cuestión, juicio que estoy decidido a pagar en nombre de madre, «la ley es la ley». Debo decir que en ningún momento se contempló la posibilidad de emplear el pago de la indemnización para reparar el tejado del garaje o rehabilitar el interior dañado. He pasado por varias primeras citas, pero nunca se ha producido la química adecuada, madre hace gala de un negro cinismo en cues-

Otro ejemplo más de la porosidad de ciertas fronteras (VIII)

tiones del corazón. Hace poco, mientras el autobús salía de Casitas Springs, bajé la vista para echar un vistazo y vi por casualidad que por uno de los orificios de ventilación de una esquina del maletín asomaba la finísima punta de una pata negra articulada que se movía ligeramente, con la misma coloración luminosa que el resto de los especímenes, tanteando el terreno con cautela. Camuflada por el fondo negro más opaco del lateral del maletín. Oculta a la vista de madre, cuyo semblante –debo decir no sin ironía– no habría cambiado un ápice. Aunque hubiera abierto el maletín allí mismo en mi regazo y la hubiera dejado caer en el pasillo central, permitiendo así que empezara a corretear rápidamente y pudiera meterse en cualquier rincón inaccesible. Dicho panorama, propio del peor de los casos, solo se daría en el supuesto de que tuviéramos sentados enfrente a un par de jóvenes punkis o con pintas de matones que, ante la expresión inmutable de madre, reaccionaran con una mirada agresiva y desafiante o un comentario hostil del estilo «¿Y tú qué coño miras?». Irónicamente, es por la eventualidad de un caso así por lo que soy su acompañante en público, pues con mi complexión imponente y mis gafas se podría decir que, bajo el rictus demencial de su rostro, madre cree que puedo protegerla, lo cual está bien.



CUATRO MONÓLOGOS INSTITUCIONALES
George Saunders

1
Exhortación

MEMORÁNDUM

FECHA: 6 de abril

PARA: Personal

DE: Todd Bernie

ASUNTO: Estadísticas sobre el rendimiento en marzo

No me gustaría que esto se tomara como una petición, pero puede que empiece a sonar como tal (!). El hecho es que tenemos un trabajo que hacer, nos hemos comprometido tácitamente a hacerlo (¿no habéis cobrado el cheque de la última paga? Yo sí, me consta, ja, ja, ja). Además, y yendo un paso más allá, nos hemos comprometido a hacer bien el trabajo. Todos sabemos que un modo de hacer mal un trabajo es adoptar una actitud negativa al respecto. Pon-gamos que tenemos que limpiar una estantería. Vamos a utilizar este ejemplo. Si antes de limpiar la estantería nos pasamos una hora des-potricando contra el proceso de limpieza de la misma, quejándonos, temiéndolo, analizando las sutilezas morales que comporta su lim-pieza o lo que sea, al final lo que ocurre es que hacemos el proceso de limpieza más difícil de lo que es en realidad. Todos sabemos muy bien que la «estantería» acabará limpiándose, dada la situación ac-tual, ya seas tú quien la limpie o el tipo que te sustituye y que cobra tu sueldo, así que las preguntas en juego se reducen a: ¿Cómo quie-ro limpiarla, contento o triste? ¿Qué será más eficaz? ¿Y para mí?

George Saunders

¿Cómo podría lograr mi objetivo de una manera más eficiente? ¿Cuál es mi objetivo? Que me paguen. ¿Y cómo lograr ese objetivo de una manera más eficiente? Limpiando esa estantería bien y rápido. ¿Y qué estado mental me ayudará a limpiar esa estantería bien y rápido? ¿Acaso la respuesta es «negativo»? ¿Un estado mental negativo? Bien sabéis que no. He ahí la razón de este memorándum: ser positivo. Un estado mental positivo os ayudará a limpiar esa estantería bien y rápido, y lograr así vuestro objetivo de que os paguen.

¿A qué me refiero? ¿Acaso me refiero a que silbéis mientras trabajáis? Pues quizá sí. Imaginemos por un momento que se trata de levantar el cuerpo de un animal muerto de gran tonelaje, como, por ejemplo, el de una ballena. (Perdonadme por lo de la estantería y la ballena, es que acabamos de volver de Reston Island, donde había: *a*) un montón de estanterías sucias y *b*) pues sí, lo creáis o no, una ballena muerta en estado de descomposición, en cuyas labores de limpieza participamos Timmy, Vance y un servidor.) Así pues, digamos que se os encomienda, a vosotros y a unos cuantos compañeros vuestros, la misión de trasladar el cuerpo de una ballena muerta a un remolque de plataforma. A todos nos consta que se trata de una ardua tarea. Y aún la haría más ardua llevarla a cabo con una actitud negativa. Lo que vimos Timmy, Vance y yo fue que, incluso con una actitud neutral, se trataba de una tarea muy dura. Al principio intentamos levantar aquella ballena con una actitud meramente neutral, Timmy, Vance, yo y una docena más de personas, pero no había manera, aquella ballena no se movía un ápice, hasta que de repente un tipo, un ex marine, dijo que lo que necesitábamos era presencia de ánimo y nos reunió en un corrillo, de donde surgió una especie de consigna. Nos «mentalizamos». Sabíamos que teníamos un trabajo que hacer –siguiendo con la analogía de antes–, y era algo que de algún modo despertaba nuestro entusiasmo, así que decidimos hacerlo con una actitud positiva, y os confieso que hubo algo especial en todo aquello, fue genial cuando la ballena se elevó en el aire, ayudada por nosotros y unas correas enormes que el marine llevaba en su furgoneta, y debo decir que trasladar aquella ballena muerta al remolque de plataforma con aquel grupo de desconocidos fue el punto culminante de nuestro viaje.

¿Que a qué me refiero? Pues me refiero (y lo digo con fervor, porque es importante) a lo siguiente: tratemos, si podemos, de minimizar las quejas y la autoduda con respecto a las tareas que a veces debemos realizar por trabajar donde trabajamos y que a primera vista no resultan muy agradables que digamos. Me refiero a que tratemos de dejar de analizar cada minucia de lo que hacemos en términos absolutos de bueno/malo/indiferente dentro de unos criterios morales. El tiempo para eso ya pasó. Espero que cada uno de nosotros tuviera esa conversación consigo mismo hace casi un año, cuando empezó todo esto. Hemos optado por un camino, y una vez tomado, por la mejor de las razones (tal y como decidimos hace un año), ¿no sería una especie de suicidio dejar que nuestro avance a través de dicho camino se viera obstaculizado por cuestionamientos neuróticos? ¿Alguno de vosotros ha blandido alguna vez una almádena? Me consta que alguno sí. Sé que algunos de vosotros lo hicisteis cuando derrumbamos el patio de Rick. ¿No os parece genial que baste con dejarla caer para que golpee una y otra vez, con la ayuda de la gravedad? Amigos míos, me refiero a que os dejéis ayudar por la gravedad, aquí, en vuestro trabajo: golpead, entregaos a las emociones naturales que tanta energía generan en muchos de vosotros por lo que he podido observar de vez en cuando, en el sentido de que llevéis a cabo las tareas encomendadas con vigor y sin inseguridades ni pensamientos neuróticos. ¿Recordáis la semana del pasado mes de octubre, cuando Andy batió todos los récords, cuando duplicó el número habitual de unidades? A pesar de todo lo demás, dejando a un lado por un momento todas las consideraciones remilgadas del bien, el mal, etcétera, etcétera, ¿acaso no fue algo digno de ver? Creo que en lo más profundo de nuestro ser todos sentimos un poco de envidia, ¿no es así? Dios, eso sí que era golpear, y su rostro se veía radiante de alegría y energía cada vez que se acercaba a nosotros corriendo en busca de unas cuantas toallas más. Y allí estábamos todos nosotros como diciendo «Pero ¿qué te ha entrado, Andy?». Y nadie puede rebatir sus cifras. Ahí están, expuestas a la vista de todos en la sala de descanso, descollando por encima de todos nuestros resultados, y si bien Andy no ha logrado duplicar dichas cifras en todos estos meses desde octubre, a) nadie le culpa por ello, pues se

George Saunders

trataba de unas cifras milagrosas, y *b*) creo que, aun en el caso de que nunca más duplique dichas cifras, en algún rincón de su corazón sigue atesorando en secreto el recuerdo de aquel magnífico torrente de energía que manó de él aquel memorable mes de octubre. Sinceramente, no creo que Andy pudiera haber rendido como rindió aquel mes de octubre si se hubiese andado con mimos hacia sí mismo o con ideas neuróticas y dubitativas o proclives a cuestionarlo todo, ¿no os parece? Yo no lo creo. Andy parecía totalmente concentrado, completamente fuera de sí, se le veía en la cara, ¿tal vez por el hijo que acababa de tener? (De ser así, Janice debería tener un hijo todas las semanas, ja, ja, ja.)

En cualquier caso, octubre fue el mes en el que Andy entró, al menos en mi opinión, en el Salón de la Fama de facto, y a partir de entonces quedó excluido de cualquier seguimiento exhaustivo de su rendimiento, al menos por lo que a mí respecta. Por muy desconsolado y retraído que se muestre (y creo que todos nos hemos dado cuenta de lo desconsolado y retraído que está desde octubre), no me veréis controlando la evolución de sus cifras, aunque no pueda decir lo mismo de otros; puede que otros sí que sigan de cerca la preocupante disminución de su rendimiento, aunque espero de veras que no sea así, pues no sería nada justo, y creedme, si me entero de ello, no hay duda de que se lo haré saber, y si Andy está demasiado deprimido para escucharme, llamaré a Janice a casa.

¿Y cuál es la razón para que Andy esté tan desconsolado? Mi teoría es que se ha obsesionado y ha empezado a cuestionarse su actuación de octubre... ¿Y no es una lástima, un estancamiento, que después de haber logrado unos resultados sin precedentes en octubre ande ahora sin hacer nada, lamentándose de ello? ¿Qué va a cambiar con tanto lamentarse? ¿Acaso la actuación de Andy, por lo que respecta a las tareas que le encomendé en la sala 6, va a verse modificada por mucho que lo lamente, acaso sus cifras expuestas en el tablón de la sala de descanso van a descender como por arte de magia, acaso la gente va a salir de repente de la sala 6 sintiéndose de nuevo en plena forma? Bueno, todos sabemos que no va a ser así. Nadie sale de la sala 6 sintiéndose en plena forma. Ni siquiera vosotros, que hacéis lo que hay que hacer en la sala 6, sa-

lís sintiéndoos tan bien, lo sé, yo mismo he hecho cosas en la sala 6 que no me permitían sentirme tan de maravilla, creedme, nadie trata de negar que la sala 6 puede suponer una frustración, el nuestro es un trabajo realmente duro. Pero los que están por encima de nosotros, los que nos encomiendan las tareas, parecen pensar que el trabajo que realizamos en la sala 6 además de duro es importante, razón por la cual sospecho que han empezado a observar nuestro rendimiento tan de cerca. Y no lo dudéis, si queréis que la sala 6 suponga una frustración mucho peor, ya podéis ir con el ánimo por los suelos antes, durante y después, y veréis entonces el asco que da, además, con tanta depre vuestro rendimiento bajará más si cabe, y sabéis una cosa: que eso no es posible. En la reunión de sección se me ha dicho claramente que nuestro rendimiento no va a bajar más de lo que ya ha bajado. A lo que yo he contestado (y hay que tener valor para ello, creedme, dado el ambiente que se respiraba en la reunión): «Miren, mis muchachos están cansados, el nuestro es un trabajo duro, tanto física como psicológicamente». Y en aquel momento la reunión se ha sumido en un silencio absoluto, creedme. Y digo «absoluto» en el sentido estricto del término. Y no se puede decir que me hayan puesto muy buena cara. Y el propio Hugh Blanchert me ha recordado muy claramente que nuestro rendimiento no va a bajar. Y se me ha pedido que os recuerde —que nos recuerde, a todos nosotros, incluido yo— que si no somos capaces de limpiar la «estantería» que nos han encomendado limpiar, no solo pondrán a alguien en nuestro lugar para que se ocupe de limpiarla, sino que puede que nosotros mismos nos veamos en dicha «estantería», formando parte de dicha «estantería», mientras otros, cargados de energía positiva, se emplean a fondo con nosotros. Y, llegados a este punto, creo que os imagináis lo mucho que lo lamentaríais, el profundo pesar que se vería en vuestros rostros, como el que a veces presenciamos, estando en la sala 6, en los rostros de las «estanterías» que procedemos a «limpiar», así que os pido sin rodeos que os esforcéis al máximo y no acabéis siendo una «estantería», que después nosotros, vuestros antiguos compañeros, no tendremos más remedio que limpiar, limpiar y limpiar con toda nuestra energía positiva, sin mirar atrás, en la sala 6.

George Saunders

Todo esto es lo que me han dejado claro en la reunión y lo que ahora intento que os quede claro a vosotros.

Bueno, he hablado largo y tendido, pero os pido que os paséis por mi despacho, a cualquiera que tenga dudas, dudas sobre lo que hacemos, y os mostraré fotos de esa increíble ballena que mis hijos y yo logramos levantar con nuestra energía positiva. Y, por supuesto, esta información —es decir, la información de la que tenéis dudas y por la que habéis venido a verme— no saldrá de mi despacho, aunque estoy seguro de que está de más que diga esto a cualquiera de vosotros, que me conocéis de todos estos años.

Todo irá bien y todo irá bien, etcétera, etcétera.

Todd Bernie,
director de división

2

Propuesta de diseño

Según indican los resultados de nuestra investigación preliminar, es preferible que se proporcione algún tipo de espacio institucional, como pasillos, corredores, etcétera, a través del cual pueda circular normalmente el grupo. De la literatura consultada se deduce que es preferible una zona embaldosada, con el fin de impedir a la larga posibles daños en paredes y suelos ocasionados por el grupo que circula a través del espacio. El estudio de la literatura publicada señala asimismo la conveniencia de que dicha zona de paso (en adelante el «espacio Fenlen» en la obra de Ellis *et al.*) no presente un trazado de superficie lineal, esto es, que debería incluir opciones de giro frecuentes (es decir, corredores laterales o esquinas), para crear la ilusión de lo que Ellis denomina «opciones de vías alternativas». Para Gasgrave, Heller *et al.*, dicho trazado de superficie no lineal, y las opciones de vías alternativas resultantes, dan pie a una predisposición mental de «Anticipación». Para Ellis *et al.*, la predisposición mental de Anticipación (caracterizada por una Serie de Atributos Andrew-Brison que incluiría «esperanza», «resolución», «determinación» y «sentido de la misión») se traduce